

## Número equivocado

*Ricardo A. Ferraro*

En su trabajo Petrella verifica que, a pesar de la aceleración del desarrollo científico y tecnológico, los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más miserables. En realidad, parece entrever que no es "a pesar de", sino "debido también a".

Con precisión de buen científico enumera datos incontrastables y avergonzantes del actual mapa de la miseria y concluye que las ciencias y las tecnologías son instrumentos de los poderosos que afianzan las diferencias.

Pero, a pesar de que conoce a los científicos y acierta al describir sus relaciones con los estados-nación y con las empresas, se vuelve hacia ellos y pretende que lo acompañen, en la denuncia primero, y en la corrección después.

De paso, clama por la pobreza conceptual que implica la competitividad -tan de moda- y repite que los frutos de la colaboración siempre serán superiores a los que se puedan obtener a través de la competencia.

Para concretar su aporte, detalla 47 áreas prioritarias para las ciencias y las tecnologías para ocho mil millones de individuos y las barreras y obstáculos que se interponen para que se conviertan en prioritarias para los poderosos.

Finalmente, diseña una propuesta.

Necesito resumir y recorrer, una vez más, el texto de Petrella para verificar la sensación que me produjo, que me llevó a preguntarme por qué lo dirigía a sus -nuestros- pares y que me hizo imaginar cómo, al conocerlo, cada uno de éstos diría: ¿por qué me lo dice a mí?, ¿qué tengo que ver yo con todo esto?

Petrella plantea problemas de poder. Ninguno de los que enumera es científico o tecnológico. Y, así como a los empresarios sólo les importan ciencias y tecnologías en la medida en que puedan mejorar sus negocios, es evidente que la comunidad de CyT ni ha demostrado su sensibilidad hacia estas facetas del mundo -para que supongamos que, si toman conciencia, se puedan poner en acción- ni ha generado una credibilidad especial en la sociedad como para imaginar que se los pueda usar como mediadores y multiplicadores. Por cada Linus Pauling o Bertrand Russell hay millones que sólo se preocupan

por la excelencia de lo que hacen -y nunca para qué- y varios otros millones que sólo hacen.

Pero también debemos reconocer que poco pueden hacer científicos y tecnólogos si poder y dinero están en otras manos. Y, de paso, que si estuvieran en las suyas, seguramente dejarían de actuar como hoy lo hacen.

Los científicos -como tales- hoy exhiben tan poco poder como los violinistas o cualquier otra comunidad que puede hacer huelgas por tiempo indeterminado sin que nadie se dé cuenta.

Por otra parte, es imposible no pensar en nuestro país cuando se escucha un discurso universal, como éste, y las imágenes que surgen tornan aún más ilusorio el objetivo del autor.

Como bien describe un reciente documento político sobre la ciencia y la tecnología<sup>1</sup> "la comunidad científica argentina todavía ni ha criticado ni ha hecho suficiente autocritica del autoritarismo que ha caracterizado su funcionamiento".

Más allá de repetir la proclama del valor de la verdad en la libertad del científico, en la ciencia argentina hay, paradójicamente, una larga tradición de autoritarismo, en la que se encuentran tanto discriminaciones político-ideológicas como prácticas institucionales no democráticas.

A partir del '30 la alternancia de gobiernos de facto con los elegidos facilitó que sólo se desarrollasen algunas áreas en las que sus líderes impusieron todas las reglas de juego. Desde 1966 se consolidaron las peores prácticas y, en muchos de los mejores laboratorios, se afianzó la idea de que la ciencia es una actividad abstracta, en la que lo universal está mucho más allá de intereses y necesidades nacionales. Los breves y desordenados intentos del gobierno nacional durante 1973 y 1974 fueron definitivamente sepultados en 1976.

Este contexto facilitó, por ejemplo, que los seis institutos que tenía el CONICET en 1969 se convirtiesen, en 1983, en 169. Pero estas cifras no se pueden interpretar como índices de aumento de actividad: mientras que en 1973 en el mundo se citaron 1.526 trabajos realizados en nuestro país, en 1978 se citaron sólo 643.

No hay que olvidar la constante política de debilitamiento de la actividad científica en las universidades nacionales -que se agravó con

<sup>1</sup> "También en ciencia y tecnología, se viene también otro país", preparado por los equipos de CyT del Frente Grande y del PAÍS bordonista.

cesantías y persecuciones durante los períodos de mayor represión y que no siempre se revirtió durante los escasos períodos democráticos, ni siquiera durante los últimos diez años. Se puede reconocer que la gestión radical intentó modificar algunos criterios -y, sobre todo, procedimientos- pero no supo, no pudo o no quiso cambiar lo sustancial.

Nunca hubo una política coherente, explícita y consensuada en ciencia y tecnología. Nunca se establecieron prioridades ni se buscaron "masas críticas". Sólo primaron la arbitrariedad, el favoritismo y las intrigas entre funcionarios, de las que participaron -y se beneficiaron- muchos investigadores. En ese ambiente algunos lograron que sus grupos se acercasen a la excelencia mientras que muchos navegaron y otros se hundieron en la mediocridad.

Es difícil pensar que la mayoría de los miembros de la comunidad científico-tecnológica descripta en estos párrafos se preocupe por algo que vaya más allá de su ombligo, o su bolsillo.

Nuestro país también sirve para evidenciar qué pasa cuando ni empresas ni gobierno se preocupan ni por ciencias ni por tecnologías, ya que las reglas de juego que decidieron las élites de poder han determinado su intrascendencia.<sup>2</sup>

En definitiva, Petrella evidencia sensibilidad, describe bien y razona mejor pero propone mal y cuando tiene que hacer públicas sus ideas, apunta peor. Lamentablemente, parece desconocer una ley fundamental que, quizás por su remoto origen y excesiva generalidad, no figura en la base de datos del FAST: es la regla de oro, la que dice que el que tiene el oro fija las reglas.

Cambiar el oro de manos no es ni un problema científico ni, siquiera, tecnológico, es político.

<sup>2</sup> Un muy interesante trabajo de Hugo Nochteft publicado en el No. 6 de *Ciclos* -"Patrones de crecimiento y políticas tecnológicas en el siglo xx"- demuestra que este desinterés no es una anécdota durante el menemismo sino una constante de nuestro último siglo.